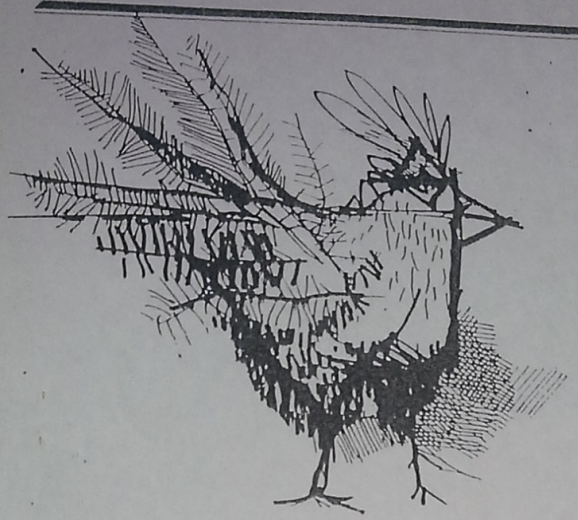
Cuero 3° 1 Fhs: IRINA ZAMORA



Un cuento inédito de Paco Espínola

Cabito

El jueves Cabito trabajó fuerte a su gallo. En la única habitación de la casa extendió la vieja alfombra traída del galpón de la gallera y dirigido por su padre desde la cama donde ambos dormían, y donde el hombre apenas si se podía incorporar un poco, dio la última operación a su gallito gris. Primero haciéndolo saltar, luego, trabajándolo con el "mártir" que, el pico enfundado en una vaina de cuero, ofrecía presa fácil para que el gris ejercitara sus fuerzas. Cabito, recién frisando los diez años, apenas si podía resistir la fatiga. Sudoroso, doloridos los músculos, sintiendo el corazón golpearle el pecho, se arrodillaba, apartaba los gallos, los dejaba tirar, volvía a separarlos, cogía de pronto al "mártir" y corría con él de un lado al otro de la alfombra seguido por el peleador enardecido...

Interrumpiéndose a veces para respirar anhelante.

Su padre le dirigía.

—Dale la cabeza... Déjalo tirar... Bueno; suéltalo...

Cabito, luchando con el cansancio, obedecía. Era necesario preparar bien el gallito gris para alquilarlo el domingo en las riñas. La angustia lo crispaba sintiendo, sobre todo por la noche, aquel ruido sordo que salía del pecho de su padre como si dentro hubiera algo pronto a estallar. Con los tres pesos que le corresponderían si el gris ganaba, podría comprar más pan y más leche y hacer un buen caldo y animar así a aquel desgraciado que lo hacía sufrir tanto con su cara sin sangre de blanca, y con la mirada de sus ojos muy abiertos y tristes.

El hombre se dio cuenta del cansancio del niño.

—Bueno –dijo entonces–, ya no precisa más. Está un poco pesadito... pero poco. Aguantará bien.

Cabito llevó los animales a sus jaulas y volvió. Y poniendo al fuego una olla con agua echó en ella un trozo de carne. Como no tenía otra cosa que agregar, colocó la tapa y se sentó pensativo junto al fogón. El lunes podría muchas cosas en la negra olla. Sobre todo papas que le gustaban tanto a su padre. Y para él un bonialo bien dulce, dulcísimo... El hombre se había dado vuelta para la pared y parecía dormitar. Cabito lo contemplaba distraído, llevando su imaginación por los pliegues caprichosos de la cobija que delineaba vagamente la forma humana. De pronto, sorprendido por un recuerdo, abrió la mano y se puso a mirarla fijamente. Una cicatriz blancuzca, le atravesaba casi por completo. Era de un tajo que se hizo con un vidrio al caer debajo de su padre en una de las veces que lo traía borracho. Al ver la sangre la conciencia del hombre se aclaró un poco y con su pañuelo ató la mano herida. Más tarde, bien lo recordaba ahora el niño, junto a aquel mismo fogón, su padre, como pidiendo perdón por todas las cosas malas y feas que hacía, le regaló un peso, el único que le quedaba. Esa misma noche se lo pidió prestado. Y se lo devolvió en cuanto ganó una riña. Después de eso estuvo un tiempo sin tomar, su padre; un tiempo y luego el niño volvió a esperarlo inútilmente a las puertas de los despachos de bebidas.

Cuando estaba borracho, aquel hombre suave y silencioso, se ponía irascible, y con voz de trueno hablaba de la patria, del pañuelo, de la vida y del mundo. Ya en su casa, casi siempre el niño tenía que desvestirlo y acostarlo, para luego tenderse junto a aquel cuerpo caliente, que despedía un fuerte olor a caña, tabaco y sudor. Durante esas noches, una voz tonta y angustiosa lo despertaba.

—¡Dame agua, hijo! ¡Cabito, dame agua!

Y si el niño no hablaba ahí previsto, iba que ir al pozo, temblando de frío a veces, o de miedo siempre, porque su mundo se había ensanchado. Cabito experimentaba una infinita piedad por aquel hombre que lo miraba siempre como desde lejos, a quien apenas si oía hablar cuando no bebía, y para quien parecían no existir las cosas lindas del mundo. Y, embargada el alma por estos sentimientos, se olvidaba de pensar que a él también le faltaba todo y no se daba cuenta de que poco a poco, fbase poniendo semejante a su padre, lungo, flaco, y ojeroso y triste.

El domingo, el hombre aún no había conseguido levantarse. Los días anteriores, después de arreglar el fuego y de hacer las tareas domésticas, Cabito iba a la gallera, daba una ojeada a un grisque estaba hermoso y reluciente, y volvía para sentarse junto a su padre, de cuyo pecho surgía cada vez más fuerte un rumor como si la sangre se lo llenara haciendo burbujas. Presa de un vago y constante temor no se animaba a dejarlo solo. Y próximos, inmóviles, enemistados, sumergidos cada cual en sus dolores, en sus sueños, en sus esperanzas, permanecían horas y horas, mientras sobre el techo de zinc, la lluvia constante desde varios días, sonaba una canción monótona en la que los dos espíritus solían percibir una voz que se unía a ellos como velada por idénticas sombras. Y cuando la voz, amiga por eso de los dos desgraciados, dejaba de oírse, miraba al techo, aguzando el oído.

Habían dado las dos.

—Cabito –exclamó el padre– se te va a hacer tarde.

Cabito fue a la jaula del gris, lo sacó hábilmente pasando las patas entre los dedos de manera que el pecho del gallo se posase cómodo sobre su antebrazo y volvió a la habitación.

—¡Está lindo; está lindo! –dijo el padre acariciando las brillantes plumas. Y devolvió el gallo al niño. Este lo cobijó bajo una bolsa, y salió. Los pies desnudos de Cabito se hundían en el fango helado de la calle; la lluvia fina pegaba en mechas sobre su cara los cabellos negros. Pero Cabito no sentía ni el frío ni el agua. Apretando al animal dulcemente contra su corazón, marchaba, apresurando el paso, chapaleando charcos, soñando feliz. Con los tres pesos del alquiler y con las propinas se pueden comprar muchas cosas, pensaba. Lo primero sería un paquete de tabaco que compraría a la vuelta porque su padre desde dos días antes se pasaba chupando un palito... Por las dudas llevaría también un librillo de papel. ¡Qué bien iliían a estar los dos esa noche! El sería capaz de comer seis cubiles y agregar encima café con leche... Sonriente, ya llegó. Como llevaba el gallo, el portero lo dejó pasar y, luego de atravesar un fondo cubierto de yuyos, entró al salón lleno de humo, donde soledad de escaños y sillas ocupadas ya por mucha gente, estaba el reñidero, cuya pintura blanca enmarcaba grandes manchas oscuras.

Un hombre de pañuelo blanco cogió al gallo, lo miró y, preguntando el peso, escribió con tiza en una pizarra, debajo de otras cifras: 4-2 Pollo De Alquiler.

—¿No estará encelado? –dijo riendo al niño. Este no tuvo necesidad de hablar porque el hombre le dio la espalda enseguida.

—¡Bueno, vamos a empezar de una vez! –se oía.

—Yo tengo allí un 5-8, tuerto. Si quiere le peleo, teniente, su 5-1.

—¡Avise; 7 onzas y el mío es tiernito!

—¡Pero mi batarás es tuerto, compañero!

—No, en esas no entro. Tópese con el tuerto del comandante.

—¿A ver? –dijo el otro mirando la pizarra– ¿5 ... ol Yo traigo los gallos para pelea.

Otra voz protestó.

—Pero el comandante no está! ¡Hay que esperarlo!

—Yo tengo un 4-3; ¿por qué no pelean ese de alquiler? ¡Más pareja!

El hombre del pañuelo blanco dijo a Cabito que trajera el gallo. Sobre la alfombra del reñidero, el gris sacudió las alas, lanzó su altivo canto y empezó a pasearse arrogantemente. Como tenía linda estampa, y parecía en buen estado, enseguida se consiguió el dinero. El juez sacó un papel de seda, pésolo por la cabeza y el cuello del gallo y lo miró al trasluz. Colgólo luego de las cintas de la balanza y dijo:

—Está bien; 4-2.

Hizo lo mismo con el otro, un overo, y volvió a decir:

—Está bien; 4-3.

Los gallos, calzadas ya las púas de plata y afilada la punta de acero, fueron soltados en el círculo blanco. Mirándose fijamente con los cuellos absurdamente largos por la tensión, dieron algunos pasos acercándose hasta que, de pronto, el gris se lanzó sobre su contrario, y tiró. El overo contestó y se entabló la lucha.

—A mi gallo voy diez pesos.

—Venga –contestó uno de los alquiladores.

—Voy diez mas.

—Pago.

—Están jugando por pasión –exclamó el juez sin levantar la vista de los gallos–. No se han hecho nada todavía.

—¡Qué pasión! Voy diez pesos más. A mi overo no le ganan con basura.

Desde uno de los bancos altos, dos ojos se encendieron de rabia al oír la palabra ofensiva.

Y cuando un hombre gritó "Le pago los veinte", Cabito lanzó una mirada agradecida a quien sacaba la cara por su gallo.

—No, ahora no, exclamó el dueño del overo. Ahora el gris ha herido.

En efecto, después de un tiro cuya rapidez no permitió ver dónde daba, del cuello del overo surgió un chorrito de sangre.

La plata se empezó a poner al gris. Y cuando de un magnífico tiro ("de presa ajena") "tocó" a su contrario, un grito lo estalló en el reñidero.

—¡Diez a ocho doy con el gris! ¡Cinco a tres y voy al fin!

El overo, moviendo la cabeza en alto, como una víbora, giraba sobre sí mismo, achicándose cuando el gris se prendió para tirar. Encorvado, con las manos apretadas fuertemente entre las rodillas, crispada la boca que al asomar los dientes daba al rostro un aire feroz, Cabito había olvidado todo. No existía para él nadie a su alrededor, hasta se había borrado la imagen de su padre moribundo, y olvidado que tenía hambre él también. No veía más que los dos gallos sangrientos, y cuando el gris picaba buscando tirar, decía entre sí con rabia: ¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!

Hubiera deseado ver al overo abierto de arriba a abajo, temblando de dolor aún, palpitante...

—Vuelve el overo –exclamó una voz al rato.

—Sí, hombre; ¡si están bobeando! No era más que un garrotazo.

—Y el gris está muy pesado.

El overo hizo un tiro.

—A mi gallo voy diez pesos –gritó su dueño. Y siguió gritando por juego.

Nadie contestó hasta no averiguar el motivo de lo que parecía una locura. Y recorriendo con la vista el cuerpo del grisito, vieron surgir del cuello un chorro de sangre.

—Está degollado.

—¡Ahora sí que no me lo ganan! Al overo voy diez pesos.

Cuando el gris tiraba dejaba manchas bien rojas sobre las negras de sangre vieja que ensuciaban la alfombra. El otro, reanimado ya, y menos fatigado, siguió metiendo las púas a cada tiro hasta que, en uno, el gris se achicó lanzando un gemido ahogado, y empezó a dar vueltas con las patas vacilantes, chorreantes de sangre.

—Está tocado.

El overo lo tomó de cuidado" y tiró otra vez. Y el gris, temiendo sus últimas energías en un esfuerzo desesperado, abrió las alas y salió al reñidero.

—Perdió ese gallo –dijo impasible el juez. Y sacando el dinero apostado, entregóselo al ganador. Un rumor confuso brotó de los pechos tanto tiempo contenidos. Uno de los perdedores cogió por las patas al vencido y le deshizo la cabeza contra el suelo.

Como el comandante había llegado, se concertó la riña del 5-8 con el 5-7. Los gallos eran de clase y la riña se hizo por cincuenta pesos. Hubo un silencio nervioso en el momento de saltar los combatientes. Se iba a jugar mucho. Al primer tiro oyóse la voz dulzona del comandante:

—¡A mi gallo voy cien pesos!

Esa voz despertó a Cabito de un pasmo. Bajó lentamente, anonadado, y buscó al grisito. Se detuvo al hallarlo tirado en el corredor y permaneció inmóvil, mirando la lluvia fina que caía haciendo brillar los yuyos. Estuvo aún mucho rato, irresoluto, ardientes los ojos, con un gesto duro que denotaba la rebelión de su alma contra aquel destino inexplicablemente inexorable que le agachaba la cabeza. El eco de una carcajada llegó desde el reñidero. La voz dulzona del comandante llegó también.

—Doy cincuenta a treinta, cincuenta a treinta...

Cabito cogió al gris y salió. Cada vez más angustiado se detuvo al llegar a la esquina de su casa, y con la cabeza inclinada sobre el gallito muerto que había elevado hasta su hombro, empezó a sollozar. La bolsa puesta como un capuchón de monje, daba un aspecto extraño a su figura. Se resolvió por fin y entró. Su padre dióse vuelta en la cama y al verle el rostro cambió la pregunta que iba a hacer por: ¡Hombre es nada un hijo!

Cabito, dejando el gris en el suelo, se sentó junto al fogón apagado. Al rato, en el silencio de la mugrienta habitación, lentamente empujados por un deseo angustioso, los dos infelices aguzaron el oído, buscando en el rumor de la lluvia sobre el zinc la voz amiga y pura a cuyo son brotaban del fondo del alma vagos ensueños consoladores.

Pero pronto cesó de llover. Y sobre la tierra húmeda, cuya luz de las estrellas celeste e impasible.

Son muchos los proyectos literarios que Espínola ha dejado documentados pero que nunca llegó a culminar. Sabemos que planchaba dos novelas que continuarían la historia de Sombras sobre la tierra, que proyectó una serie de cuentos de diablos en la loca de Rodríguez que tampoco escribió nunca. Anteriormente tuvo la idea de sacar un libro de cuentos que continuase los de Raza ciega. *"Pronto saldrá Raza ciega. Habrá que terminar para fin de año el Don Juan y agregar dos o tres cuentos a los que quedan inéditos para completar otro libro"*, anotó en un diario juvenil en julio de 1926. Entre esos cuentos inéditos estaba este "Cabito", del que se ha conservado un original manuscrito en cinco hojas fechadas el 4 de octubre de 1925. La ambientación nocturnal del cuento y los temas que invoca lo asimilan sin violencias al clima de Raza ciega. Hay claras coincidencias, también en el perfil de sus protagonistas con "El Repto", especialmente la similitud entre los dos niños Cabito y Margarita. "El repto", aunque publicado en 1950, fue escrito en 1926, fecha cercana a la de este cuento que, por lo que sabemos, se publica aquí por primera vez.

A las 5,
a las 5 en punto
de la tarde ...
UTOPIA
con
Ruben Castillo
CX 36
CENTENARIO